

232
525

1848

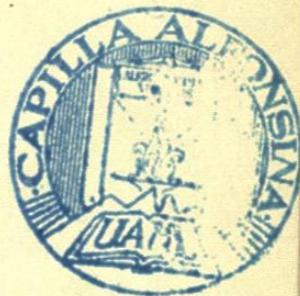
DISCOVERIES

1848

F1232
.M525
D5



1020002217



105096

250.
Calif. 1842 a 45

3303
Tela
60 INCH

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEXICO

EL DIA 27 DE SETIEMBRE

DE 1840,

POR EL

AYUDANTE GENERAL

DE LA

PLANA MAYOR

DEL

EJERCITO,

MANUEL MICHELTORENA.



MÉXICO: 1840.

IMPRESO POR A. DIAZ, CALLE DE LAS ESCALERILLAS N. 7.

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



F1232
.m525
DS

DISCORSO

....El noble amor de las ciencias
Y de gloria el insentivo
Que forma al sábio y al héroe:
Que al uno en teson continuo
Le mantiene para ser
De las leyes fiel ministro,
Del triste huérfano amparo,
Defensor del oprimido:
Y al otro en pró de la patria
Le hace arrostrar los peligros
Y su sangre derramar
Por su próspero destino.....

F. ORTEGA

Si hasta el presente no habeis cojido sino tan poco fruto de vuestros conatos ¿que extraño es....? Vosotros teniais en la mano lo que derriba, y no en el corazon lo que hecha simientos. La justicia os ha faltado algunas veces y.....casi siempre la caridad.

J. LAMENAIS.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



EC SORDIO.

SEÑORES:

EN todos tiempos se ha declamado mucho contra la verdadera gloria humana, y ciertamente así estaba en el órden de las cosas sucediera, porque siempre es menos difícil á todo hombre hablar de ella mal que lo que es á pocos merecerla. Tácito era mas ingenuo, supuesto que aquel sábio aunque la denominaba pasion, convenia en que era la última del hombre ilustre. Hay y ha habido muchos que se vanagloriáran de despreciarla, y para alejar toda duda lo repitieran así á cada paso; pero esto mismo se convierte en una razon demas para no creerlos; porque todo mortal en el secreto de su corazon pretende á su modo adquirir gloria, con la única diferencia que el uno la busca pública, y el otro ocultamente: el uno tiene la vanidad de los pormenores; el otro el orgullo de las cosas grandes. Corneille fundaba su gloria en hacer á Cinna; y un cortezano de su siglo la cifraba en aparecer con gracia en un salon.

Si queremos, conciudadanos, avaluar lo que puede el sentimiento de la gloria en el corazon humano, no tenemos mas que quitarla por un momento de sobre la tierra y todo cambiará. Las miradas de sus semejantes ya no estimularán mas al hombre, y este quedará como solo, aun en medio de la multitud. Sin la gloria lo pasado se reducirá á la nada: lo presente no produciendo consecuencia en lo venidero, será estéril, comprimido, estrechado y el porvenir desaparecerá luego enteramente. El instante

mismo que acabe de pasar perecerá y para siempre, sin ser de la menor utilidad para el otro instante que le subsiga.

Siendo pues la gloria una sensacion, un sentimiento puro é íntimo que nos eleva á nuestros propios ojos, y que acrecenta lo que valemos á los de los hombres ilustrados, la idea de merecerla, está individualmente unida á una dificultad enorme que vencer en lo moral, político ó civil; á una muy grande utilidad general subsecuente al buen éccito; á un igual aumento de felicidad para el universo ó para la patria. Por mucho talento que se confiese y se reconozca en el inventor de una arma destinada á matar, escitaria en todo noble pecho una justa indignacion, aquel que dijera que tal hombre ó tal nacion tenía la gloria de haberla inventado.

Tampoco es la gloria la recompensa del mejor éccito en una rama aislada de las ciencias; porque aunque alguno combine un nuevo cálculo, aunque componga un poema sublime, aunque haya aventajado á Ciceron y á Demóstenes en elocuencia, á Tucides, ó á Salustio en la historia, unánimemente le concederemos celebridad; pero no gloria.

Mucho menos pertenece esta pasion, á la excelencia del talento en las artes, por ser evidente que aunque otro haya formado de un trozo de marmol el gladiador ó el Apolo de Belvedere; que la transfiguracion haya salido de su pincel; ó que sus cantos simples, espresivos y melodiosos le hayan colocado en la línea paralela de Pergoleso, es claro que este tipo gozará de una reputacion grande, inmensa si se quiere; pero nunca de la gloria.

¿Pues á quién pertenece gozar esta pasion de los hombres ilustres del génio, y del heroísmo? Lo he dicho sin querer, señores; pertenece á Dios en el Cielo, y en la tierra á la virtud, al heroísmo y al génio. Es la recompensa de aquel supremo magistrado, que no se ocupa duran-

te un tiempo borrascoso, sino de la felicidad de sus súbditos; es el premio de todo súbdito que ha espuesto y sacrificado su vida á la salud de sus conciudadanos, á la felicidad de su patria; es la propiedad inestimable de todo pueblo que hubiese querido mejor morir libre que vivir esclavizado, es en fin la propiedad, el premio y la recompensa á la vez de un Ciceron como magistrado; de un Régulo como ciudadano, de un pueblo como Numancia; lo es en resumen, de la república mexicana en ambas épocas, de un Hidalgo, y de un Iturbide como ciudadanos, como generales, como libertadores, y hasta como víctimas en el cadalso.

Por lo que á mí toca os recordaré de paso que en Atenas eran los oradores mas famosos quienes celebraban á los vencedores de Salamina y Maraton, y ellos tenían por auditorio á los Sócrates y los Péricles A mí sin el mismo talento me sentencian jueces mas terribles en esta respetable concurrencia; pero la Junta Patriótica me manda hablaros y mi obediencia cumplida, la hermosa verdad histórica que presentaré desnuda, y el grandioso objeto de que nos vamos á ocupar, me aseguran vuestra indulgencia.

PRIMERA PARTE.

En el año de 1810 la cornucopia de la abundancia deramaba en las que entonces eran colonias de España riquezas, prosperidades, ventura y todos los bienes consiguientes á una paz duradera; pero habian trascurrido trescientos años, y la jóven América, á semejanza de la virgen criatura, que nace y crece arrebatada por el impulso irresistible del tiempo, se hallaba ya tambien en estado de emanciparse, no por capricho, no inmaduramente, sino que era para ella una imperiosa necesidad, una escigencia, ó mas bien dicho, habia casi llegado el momento señalado por el dedo de aquel Ser Supremo, que tanto al individuo como á las naciones jamas deja estacionar, las hace cami-

nar adelante y desempeñar el papel que les toca á su vez y en su lugar en el teatro del mundo.

Los primeros héroes de nuestra Independencia conocieron la época, avaluaron la oportunidad, y queriendo combinar los prestigios de la espada y la estola; militares y eclesiásticos, sábios y de valor se pusieron en contacto para que al modo de la espulsion jesuítica, en un mismo dia y á una misma hora se proclamara la independencia de la madre patria. Era su objeto sábio, que el golpe fuera simultáneo y sentido, á la vez que inevitable, y de esta manera prudente precaver la oposicion de la metrópoli, y los males consiguientes siempre á toda guerra fratricida é intestina.

Una circunstancia imprevista vino á desconcertarlo todo. El fanático canónigo Iturriaga se halló prócsimo al último trance, y debilitada su cabeza concibió el ridículo temor de que libertar al pueblo, esponer la vida por sus hermanos, acto el mas heroico de la caridad cristiana, era una ofensa grave al Dios que se sacrificó por el género humano; la confesó como tal al padre Gil, quien quebrantando el sigilo del sacramento, notició á los mandarines el gradioso proyecto de aquellos caudillos.

Fué el golpe electrico que atemorizó á muchos y todo lo puso en un movimiento inmaturo: el plan abortado sin adquirir perfeccion produjo como era consiguiente resultados opuestos. Se voltearon en contra hasta aquellos prestigios de la espada y el altar; y el vencedor de Guajuato, las Cruces, Zacoalco y la Barca, no obstante leerse en sus estandartes vivas á la religion, y á la Santísima Guadalupana, atrajo sobre sí el ódio del fanatismo hipócrita, y fué declarado hereje y traidor.

Es sabido que en las grandes empresas aun cuando no se consiga el fin, basta el honor de haberlas intentado. No fué pues, culpa de los héroes que dislocada así la máquina, despedazadas las riendas, á unos atropellará en su veloz

carrera, á otros levantará del polvo de la nada, para colocarlos sobre el Olimpo, los precipitára despues para sustituirlos con otros que corrieron idéntica suerte, supuesto que hasta sus ilustres autores los sepultó con sus ruinas.

Se elevaron cadalsos en todas partes para castigar ambas opiniones, y se derramó la sangre á torrentes por el largo espacio de once años en toda la superficie del Septentrion, como si el Ser Supremo allá en sus inescrutables secretos, quisiera entre otras cosas reservadas á su sabiduria infinita, que estimáramos nuestra independencia en razon directa de lo que nos costara, obrando consiguiente á aquella natural propension de los hombres, de valorizar en mas aquello que mas costoso les ha sido.

¡El génio de la humanidad encubre con sus alas el hermoso rostro avergonzado por no presenciarse las atrocidades de aquellos once años! No las mencionémos, y si que en los últimos, no se diga por fortuna la fina política de un Apodaca vino á poner lenitivos á las profundas heridas de la patria, que necesitaban ciertamente mano mas diestra, la mano hábil del héroe cuya triunfante entrada á esta capital, celebramos este dia de glorioso recuerdo. Vamos á ver en la segunda y última parte de este desalinado discurso, el modo como Iturbide desempeñó los altos deberes que la afligida patria encomendara á su saber, á su política, á su valor y á su heroismo.

SEGUNDA PARTE.

La llama sagrada de la Independencia que pudo resistir inextinguible á la fria é insensible crueldad, se habia casi apagado, merced á la política fina y humana; porque si bien al mexicano no le vence la fuerza jamas, la dulzura consigue hasta los mayores sacrificios de su amable caracter natural. Apenas se conservaba del antiguo fuego una chispa pequena en los reconditos escondrijos del Sur, por el benemérito general D. Vicente Guerrero. Iturbi-

de se allega, contempla cenizas; la patria afligida toca al noble pecho, corresponde al llamado, sopla, y su aliento vivificador enciende el combustible preparado en todo eorazon americano, y se ilumina de nuevo para nunca apagarse la sacrosanta tea de la Independencia y libertad.

Iturbide que, como de Pompeyo decia Vertot en la historia de las revoluciones romanas, habia sido general antes de ser soldado, y del que la vida toda fué una sucesion no interrumpida de victorias: era además elocuente como Demostenes: una roca en la campaña como Carlos XII: un rayo en las operaciones de la guerra como el príncipe de Condé, y de tan interesante y atractivo personal que reunía aquel irresistible poder de la hermosura del Alciviades ateniense, y del emperador Alejandro en la batalla de Cheroneá.

Combina diestramente el héroe aquel sapientísimo plan de Iguala, en el que todos los intereses, todas las ambiciones, todas las miras de bienestar futuro, y hasta todas las preocupaciones, se encontraron admirablemente concentradas, como los rayos de la luz en el foco del lente ustorio, y garantidas á la vez en aquel triple enlace que simbolisan los colores hermosos de ese Pabellon que flámea ostentoso este dia.

Voláron en consecuencia de todas partes los hombres de todas profesiones á ponerse bajo las órdenes del génio: reunió en su alderredor á los ilustres militares de conocimientos, esperiencia y valor: á los eclesiásticos eminentes y morigerados; á los habitantes todos de la nacion, que se honraron con numerarse entre sus adictos y admiradores. Así fué que en siete meses del año de 21 supo recomenzar y darle un vuelo feliz y victorioso, á aquella lucha que habia costado once años de fatigas, de sangre, de luto y de fatalidades de toda clase.

Todos admirámos en el caudillo autor de aquellos grandes hechos, el ardor marcial que sin temeridad ni trasporte le hacia atreverse á todo, todo emprenderlo; aquel fuego

que en la ejecucion le representaba cualquiera cosa posible y fácil: aquella firmeza de alma á la que no hubo obstaculo que contubiera, á la que ningun peligro espantó, y á la que jamas resistencia alguna cansó, ni obligó á retroceder; aquella vigilancia á la que nada sorprendia: aquella prevision á la que no se escapaba cosa: aquella penetracion con la cual presajaba luego, todo lo que podia estorvar ó favorecer los acontecimientos, á semejanza de la águila cuya vista perspicaz descubre en un momento un vasto paisaje: aquella prontitud en decidirs e que no se acusará nunca en él de precipitacion, y que sin tener el inconveniente de la lentitud de otros, reunia toda su madurez: aquella ciencia estratéjica que tan bien practicaba, y que le hacia tan hábil en aprovechar las coyunturas, como en prevenir los designos del enemigo, casi antes de que fueran concebidos, y á no perder en vanas deliberaciones los momentos preciosos que deciden la suerte de los ejércitos; aquella actividad que nada podia igualar, y la que en las sorpresas y en los dias de batalla lo violocaba por decirlo así, y multiplicándolo, le hacia que se encontrara en todas partes, dirigiéndolo todo, supliendo por todos y animando con su ejemplo al oficial y al soldado: aquella sangre fria que conservaba perfectamente en el calor de la pelea: aquella tranquilidad que jamas estaba mas seguro poseeria que cuando se llegaba á las manos: la moderacion por otra parte, la dulzura para con los suyos, que se aumentaba á medida que su fiereza contra los enemigos: aquel inflexible olvido de su persona, que lo hizo no escuchar jamás consejos de precaucion individual, y al cual constantemente determinado, lo convirtió en un deber de prodigar su vida, en un juguete de desafiar la muerte..... Todas estas cualidades que en todos tiempos han formado á los héroes las reunía, como sabeis vosotros, en grado sublime el mexicano Iturbide. Todas ellas pues, se emplearon para conseguir la independencia que disfrutamos.

Mil valientes tenía el caudillo en Iguala, y con veinte mil entró á esta hermosa capital el memorable 27 de Setiembre de 1821, hoy hace diez y nueve años. ¿Os acordais conciudadanos de aquel día que ¡ojalá hubiera sido eterno.....? ¿Habeis tenido otro de mas júbilo en toda vuestra vida? ¿No lo contais cada uno de vosotros entre aquellos de mayor placer que os ha tocado disfrutar? Si lo contais y con razon. Todo era alegría en aquella época feliz: todo anunciaba una era de prosperidad y de ventura, de bienestar y de contento. ¿Quién de nosotros no hubiera podido comparar entonces la felicidad venidera de la bella nacion mexicana, con la que disfrutaban los hombres virtuosos en los campos eliseos segun Fenelon....? Aquí como allá por nuestra hermosa temperatura, nunca se resienten los ardores de la canícula, ni los negros aquilones cubren nuestras casas de hielo, ni nos hacen sentir los rigores del invierno. Aquí como allá, la guerra parecia haberse concluido, y por consiguiente ni ella, ni la envidia que lleva enroscadas serpientes en su seno, ni los zelos, ni las desconfianzas, ni los temores, ni los vanos deseos era presumible se atrevieran á acercarse á esta mansion de la paz.

¿Quién de vosotros no hubiera creído entonces que todos los males habian huido de estos lugares tranquilos.....? ¿Que moririamos por que nacimos; mas que la muerte no llegaría sino á pasos muy lentos, conducida por la caduca edad, sin poderla aligerar, con el siniestro fin de anticiparnosla nosotros mismos....? ¿Que gozariamos en la tierra aquel gusto, aquel deleite, aquella noble fruicion que gozan los bienaventurados, y que no puedo esplicar, sino comparandola á la de una madre cuando vuelve á ver á su hijo único y adorado, que por largo tiempo habia creído muerto.....?

Todos estos goces proporcionó á su nacion el caudillo de Iguala, el que entró triunfante á México el 27 de Setiembre de 1821.... hoy hace diez y nueve años.... De

entonces á este dia 6.938 veces ha vivificado con su calor ese sol radiante la parte corografica que ocupamos en el globo de la tierra.... ¿Pero nos ha encontrado siempre embriagados de igual felicidad?.... ¿Es culpa de aquel héroe que no háyamos sabido disfrutar la ventura de que nos abrió la carrera?... ¿Es culpa suya que no haya amanecido en nuestro horizonte todos los dias la aurora risueña del 27 de Setiembre de 1821?.... No, y ciertamente no. Si él prestó su cabeza al oleo santo y á la corona, tambien tuvo el heroismo de prestarla al cadalso, porque en ambos casos creyó hacer un servicio á este pais que era su adorado objeto; mas llamo la atencion sobre la notable diferencia de que á la diadema *la prestó alucinado*, y al cadalso *la dió, y voluntariamente*. Este acerto lo comprueban la historia y la verdad: él fué roconocido y proclamado emperador al desembarcar en Tamaulipas, por la tropa que lo fusiló despues, y por el precursor de Picaluga, general D. Felipe de la Garza. Una sola palabra, una sola ecsortacion hubiera bastado para enardecer en su favor á aquellos hombres que le agradecian su independencia; pero era muy sublime su amor patrio, calculó los males, la guerra civil, la sangre que iba á costar, y para economizarla, recomendó la obediencia á los destinados á dispararle. Sin embargo, de cuatro uno no cargó, otro introdujo al revez el cartucho; ¡y solo dos balas completaron el sacrificio del héroe que habia resuelto decididamente sufrir el martirio!.... ¿Hiciéron mas, pregunto, el virtuoso Sócrates, el inmortal Régulo.... Cicerón ó alguno de los otros hombres ilustres de la antigüedad?... Hace tres mil años no ecsisten ya aquellos tribunales que á los muertos juzgaban en Egipto; pero la incorruptible fama desempeña sus funciones, dicta los decretos, la historia los escribe y la posteridad los escucha.

Despues de su funesta muerte hemos probado toda clase de amarguras, y creo no ecsagerar al lamentar los males de mi patria, si, he creído ver á México retratada en

la pintura que un celebre autor hizo de la muerte y su acompañamiento al pie del trono de Plutón. Estaba, dice, pálida y devorada, volaban en su alderredor los negros cuidados, las crueles desconfianzas, las venganzas gotteando sangre y cubiertas de heridas; los odios injustos, la avaricia que se averguenza de sí misma, la desesperacion que se destrosa con sus propias manos, la traicion que no puede gozar ni aun de los males que causa, la envidia virtiendo aquel veneno mortal que le dana hasta á ella misma en la impotencia de dañar á otro, la impiedad que por sus manos se labra un abismo sin fondo, en donde se precipita careciendo hasta de la esperanza consoladora que solo puede dar la santa religion; los sueños atroces del crimen, y los insomnios tanto mas crueles que aquellos. . . . Todas estas imágenes funestas han plagado en verdad, mas ó menos, á nuestra triste pátria.

¿Y qué remediará tantos males, queridos compatriotas? . . . El restablecimiento de la confraternidad de la justicia, de la paz, y sobre todo, aquel gran Dios cuya sola presencia mantiene á la naturaleza, y conserva la armonía de las leyes que dió al universo, aquel que desde el trono inmovil del empireo vé rodar bajo sus plantas todas las esferas celestes, sin choque y sin confusion, y que del seno del reposo reproduce á cada instante sus movimientos inmensos, rigiendo él solo en una profunda paz ese numero infinito de mundos.

¡Dios de bondad, autor de todos los seres, vuestras miradas paternales abrazan á todos los objetos de la creacion; mas el hombre es vuestro ser privilegiado, puesto que habeis iluminado su alma con una ráfaga de vuestra luz inmortal: colmad vuestros beneficios penetrando su corazon con un rayo de vuestro amor. Este sentimiento divino derramandose por todas partes reunirá á los enemigos, el hombre no temerá ya el aspecto de sus semejantes, el hierro homicida no armará mas su mano, el fuego devorador de la guerra no hará cegar las fuentes de las ge-

neraciones, la especie humana aunque debilitada, mutilada, cosechada en su flor, germinará de nuevo, y se multiplicará sin número: la naturaleza doblegada bajo el peso de las calamidades volverá á tomar con una nueva vida su antigua fecundidad, y nosotros los habitantes de la nacion mexicana la secundaremos, la cultivaremos sin cesar, para ofreceros en cada instante un nuevo tributo de reconocimiento, de admiracion y de gratitud.!

CONCLUSION.

Permitidme os recuerde al concluir, conciudadanos, *que no habeis conseguido hasta el presente el fruto de vuestros afanes, porque os han faltado la justicia y la caridad: que la verdadera gloria está reservada al heroismo en el sentido lato de esta palabra; que la independencia no se logró en 1810 sin embargo de la buena combinacion de los primeros caudillos, porque el descubrimiento del padre Gil, haciendo abortar el plan, sembró la desunion, y los mexicanos se mataron á millares unos á otros; que en el año de 821 se consiguió por la union general porque no hubo divergencia de opiniones que combatir y porque aquella armonía que reinaba despues de la gloriosa entrada á esta capital el 27 de Setiembre que hoy conmemoramos, nos hizo preveer una era de tanta felicidad y ventura, que casi nos prometimos gozar aquí abajo el placer, la fruicion que gozan en el cielo los bienaventurados: que posteriormente á la muerte del invicto Iturbide, la discordia apareció de nuevo, seguida de la guerra civil, á representar sobre este suelo privilegiado, á la muerte rodeada de las furias, al modo que se la han figurado los sábios comparese en los abismos eternos: que del ser increado é inmortal debemos esperar el remedio de tantos males si se digna volvernos la confraternidad, la justicia y la paz; pero no olvidemos jamas que el Ser Supremo con una mano nos señala los caminos del bien y del mal, y con la otra nos muestra la*

recompensa y el castigo. El premio será infalible, concu-
 dadanos, y merecerlo por fortuna está en nuestro ar-
 bitrio. No queramos permanecer los unos sobre los hom-
 bros de los otros alternativamente, porque si pesamos mu-
 cho sobre los de abajo, no sufrirán largos años: estable-
 cámos el nivel social. No seamos fatalistas ni esperemos
 solo del tiempo nuestra salud: desoigamos á los empiricos
 autócratas, apliquemos el remedio radical de la concordia;
 vástennos treinta años de lúgubre esperiencia y sacrifican-
 do hoy en el altar de la patria, todo lo sacrificable, haga-
 mos que comience para nunca interrumpirse el 27 de Se-
 tiembre de 1840, aquel porvenir venturoso y feliz que nos
 bosquejó con tan bellos coloridos el 27 de Setiembre de
 1821.—DIJE.



F
•
D